

instruir á los jóvenes destinados á los cuerpos de infantería, caballería é ingenieros. Para realizar y desenvolver este pensamiento fecundo, se encargó á dos jesuitas, los PP. Gil y Sauri, que enseñaran á los colegiales los principios de fe religiosa, de fidelidad política, de historia, de bellas letras y de geografía. Á principios de 1827 se estableció tambien el colegio de Nobles, cuya direccion fue asimismo confiada á los Jesuitas: fueron tan rápidos los progresos de su nuevo colegio, que á los pocos meses se reunieron en él no solo los jóvenes de las mas ilustres familias, sí que tambien los hijos de los mismos Infantes.

La muerte de Fernando VII vino á interrumpir todas esas obras cuyo resultado no podia ser dudoso, dejando á la Península presa de las mas encarnizadas facciones, y enconando en ella la abierta herida que el tiempo no ha podido cicatrizar. Cedia el Rey en su testamento la corona á una niña, y la regencia á María Cristina, madre de la jóven Isabel; quedando por lo mismo D. Carlos desterrado y excluido del trono. ¡Cuántas nuevas calamidades iban á pesar sobre ese hermoso cuanto desgraciado país! Los realistas españoles creyeron poder salvar á su patria y conjurar todas las tormentas que la amenazaban apelando á las armas para defender la ley sálica que Fernando, á su ver, no tenia derecho de derogar en su lecho de muerte, de lo que se siguió una guerra civil larga y sangrienta. Los Jesuitas, que no se creyeron obligados á tomar parte en ella, se limitaron á dedicarse exclusivamente á los cuidados de sus diferentes ministerios, instruyeron la juventud, procuraron ser simplemente sacerdotes cuando se pretendia convertirles en hombres de partido, é intentaron calmar las pasiones enardecidas por el fuego de la discordia: sin embargo ya que no pudieron acriminarse sus palabras ni sus actos, se sospechó de sus intenciones. Era tal la fuerza de los acontecimientos, que se vió la Reina Madre obligada á arrojarse en brazos de los enemigos de su familia y de su esposo: la ambicion del poder la hizo su auxiliar, su bandera y su esclava; ella por su parte tuvo que prestarse á desempeñar ese triple papel y á sufrir las exigencias que trataba á cada paso la Revolucion de imponerle. Vió Cristina correr á su alrededor torrentes de sangre, siendo simultáneamente el ídolo y la víctima de las insurrecciones que no podia dominar. En aquel triste período de desastres religiosos y de decaimiento monárquico, fue sobre todo la Compañía de Jesús contra la que dirigieron todos sus tiros los panegiristas de la

Constitucion de 1812. Eran los Jesuitas la vanguardia de la Santa Sede; por esto era preciso destruirlos á fin de disminuir el Clero y apoderarse de su patrimonio por medio de la violencia legislativa: tal fue el plan diabólico que se formó en este sentido. Inauguró su poder la libertad de imprenta improvisándose eco de los ultrajes contra el Instituto, denunciando algunos Padres y acusando á todos los demás. Era Isabel el principio que aparentemente defendian los enemigos de la Religion y del trono; hé aquí por qué se supuso á los Jesuitas enemigos naturales de su dinastia constitucional. La francmasonería que acababa de morir en Francia de la peor muerte, de la muerte del ridículo, del mismo modo que murieron tambien los templarios, los sectarios de Châtel y los sansimonianos, iba adquiriendo en España una accion poderosa. Organizó en poco tiempo las logias para convertirlas en clubs, en los cuales decretaron ciertas sociedades secretas la ruina de todas las asociaciones religiosas, siendo tambien aquellos impuros antros donde se meditó y resolvió el asesinato de los Regulares. Faltaba para ello un pretexto, y el cólera vino á procurarlo. Desde los primeros síntomas de la epidemia, tanto la reina Cristina como los que se titulaban los mas ardientes defensores del pueblo, le dejaron abandonado á su terror y á su triste suerte: para acabar de exasperarle mas se hizo circular la voz entre las masas de que el agua de las fuentes estaba envenenada, y que los frailes y los carlistas eran los únicos que podian haber cometido semejante atentado. Para hacer creer mejor este ignominioso absurdo se dispuso que recorrieran algunos niños las calles jugando con venenos activos que arrojaban por las calles en pleno dia, á fin de atraer las miradas de la multitud; los cuales habiendo sido interrogados por la policia para saber quién les inspirara aquel atroz pasatiempo, contestaron en alta voz: «Los Jesuitas.»

Solo se puso en juego aquel infame medio para exasperar á la multitud, y disponerla á seguir los ciegos impulsos de la cólera pronta

<sup>1</sup> Logrado el fin propuesto por la revolucion, encargóse ella misma de desvanecer los planes que habia puesto en juego para obtenerlo, y en 18 de julio el Gobierno español dirigió á la Europa desde San Ildefonso el siguiente despacho telegráfico: «Habiéndose declarado el cólera con extrema violencia el 16, se convenció la poblacion de que habia sido envenenada el agua de las fuentes públicas imputando á los religiosos aquel crimen imaginario.»

Martinez de la Rosa, ministro de Negocios extranjeros, escribia aun en 19 de julio desde San Ildefonso á las autoridades, afirmando «que la tranquilidad se habia restablecido de un modo inalterable y que no debia por lo tanto temer-

á estallar cuando creyesen los propaladores de aquellas voces llegada la oportunidad del momento. Durante el día y la noche del 16 de julio de 1834 circularon en Madrid los más siniestros rumores, se recogieron los paquetes de arsénico arrojados por los niños en las fuentes de la corte y se pusieron de manifiesto al pueblo, mezclando el nombre de los Jesuitas en aquel horrible complot que se suponía fraguado por ellos, á fin de que fuese la muerte de los Jesuitas el desenlace de aquel horrible drama. El fuego de la sedición, tan hábilmente atizado, se convirtió por último en un voraz incendio que la misma autoridad se complació en dirigir contra los Padres. Eran las tres de la tarde del 17 de julio, cuando la multitud marchaba poseída de terror con la guardia nacional al grito de: ¡ Veneno! ¡ veneno! ¡ mueran los Jesuitas! y ¡ Viva la república! Á fin de ensañar más á aquella turba feroz, se le permitió devorar antes á algunos pacíficos habitantes; con lo que se logró embriagarla de sangre antes de que se lanzara aullando sobre el colegio Imperial, cuyas puertas estaban cerradas por orden de su superior. Pronto sin embargo cayeron hechas astillas bajo los golpes de las hachas en medio de una gritería infernal: apoderóse de pronto el espanto de los Jesuitas, porque eran hombres, y no era extraño procuraran librarse de aquella salvaje agresión. Habiéndoles recordado no obstante su deber el provincial y el rector de la Orden, se reunieron en la capilla animándose mutuamente, y orando se resignaron á la muerte que á cada momento les anunciaba estar más cercana el creciente clamoreo. Furiosos los descamisados se arrojaban sobre el convento para asesinar los Jesuitas gritando: ¡ Viva la libertad! ¡ mueran los religiosos y los curas! Cuando se creyó al pueblo bastante exaltado para entregarse aun á más terribles blasfemias, se le quiso obligar á repetir lo que habían resuelto la francmasonería y los clubs; esto es, jurar muerte á la Religión, muerte á Dios, y caer sobre el enemigo que se le designara profiriendo la maldición de: ¡ Viva el infierno! Á semejante proposición retrocedió el populacho indignado. No por ello sin embargo se desalentó el masonismo, antes por el contrario redobló sus esfuerzos para hacerse suyo al pueblo, y lograr, como logró de él más tarde, lo que se proponía. Limitóse por entonces á hacerle saborear la sangre de los Jesuitas; invadióse, pues, el Seminario, desde cuyo momento fue convertida la iglesia del colegio

«se ningún síntoma de desorden puesto que solo deseaban los ánimos un pronto «y ejemplar castigo contra los autores de aquellas atrocidades.»

en teatro de las más sacrílegas devastaciones. Á fin de inflamar el ardor de los tibios disparáronse algunos tiros seguidos de los gritos de: «Son los Jesuitas que hacen fuego contra el pueblo.» Y desde entonces no reconoció ya límites el furor de aquellas salvajes hordas que penetraron en la capilla.

Hallábanse reunidos los educandos en la principal sala del seminario, en compañía del rector, Eduardo Carasa, orando ó llorando. Solo cuando se presentaron á su vista las bayonetas lanzaron los niños un grito general de terror por creerse que iban á ser asesinados; tomóles entonces un nacional bajo su protección, declarando que solo empezaría la mortandad de los Padres cuando estuviesen los alumnos en completa seguridad. Aquella palabra de humanidad arrancada sin duda de un corazón de padre en medio de la orgía en que tomaba parte, solo pudo suspender á medias la venganza liberal. El coadjutor Juan Ruedas fue el primero en caer herido de mil golpes; el subdiácono Domingo Barrau espiró junto á los niños de quien era prefecto; Martín Bujons, así como Garnier, Sancho, Casto Fernandez, Juan Urreta y Fermin Barba perecieron en el mismo instante. El hermano José Fernandez tuvo que sufrir mil ultrajes antes de ser asesinado; empezaron los descamisados por cortarle una mejilla y una oreja, y luego le arrastraron por las calles cubriéndole á cada paso de insultos y heridas: la misma triste suerte estaba destinada al P. Celedonio Unanue. Herido de un bayonetazo en el corazón, cayó como los demás, cuando la compasión de un soldado le libró de sus verdugos. Menos feliz Francisco Saurí, espiró implorando á Dios el perdón de sus asesinos.

En ese 2 de setiembre español, cuyo recuerdo funesto no podrán borrar nuevos crímenes, preciso fue engañar al pueblo y embriagarle casi de terror para hacerle contumaz en su espantosa venganza, por empezar á faltarle el valor á cada paso que iba dando en tan sangrienta vía. Animósele, pues, con nuevos espectáculos: los descamisados, que solo habían dado muerte á los Jesuitas que se hallaban en el interior del colegio, pudieron cebarse aun con el sábio P. Artiaga, el escolástico Dumont y el coadjutor Manuel Ostalaza, los cuales fueron fusilados en la puerta del colegio, quedando sus cuerpos desnudos y expuestos á las miradas de la muchedumbre. José Elola sucumbió también á la punta de las bayonetas revolucionarias.

En el mismo instante en que era testigo el Seminario de esas escenas de horror y de sangre, no eran menores los crímenes que se

perpetraban en el colegio Imperial. Introdujéronse en él los verdugos penetrando hasta la capilla donde fueron detenidos por una orden superior y por la abnegacion de un jesuita. Muñoz, duque de Rianzares, y puede que ya entonces esposo de María Cristina, tenia un hermano en la Compañía. Prometieron algunos asesinos al Padre Edmundo Carasa que se mostrarían menos bárbaros si quería entregarles á Juan Gregorio Muñoz, cuyo jóven se hallaba como los demás refugiado en la capilla y entregado á la tracion aguardando su última hora. Aproximósele entonces el jefe de los descamisados diciéndole: «Nada temais, aquí estoy para salvaros la vida. Yo debo la mia á vuestro hermano, y por lo mismo me considero feliz en esta ocasion por poderle mostrar mi agradecimiento.» Muñoz, que comprendió desde luego haber un brazo poderoso que velaba por sus días: «Me quedo, exclamó, entre los jesuitas mis hermanos, porque su suerte debe ser la mia: salvadles conmigo, ó moriré con ellos.» Estaba organizado el asesinato con tanta regularidad, y se mostraban los asesinos tan disciplinados, que bastó la orden de un guardia de corps de la Reina para calmar como por encanto aquella cólera momentos antes tan terrible. Las víctimas y los asesinos estaban aun frente á frente cuando se presentó de improviso el capitán general de Madrid, José Martinez de San Martín, el cual dejó verificar el motin sin tomar ninguna precaucion militar para contenerlo. Para llegar hasta la capilla en que entró, preciso le fue pisar los cadáveres de los Jesuitas; y sin embargo la primera palabra que dirigió á los Padres que aun quedaban en vida fue mas que un insulto, un ultraje. Les echó en cara el envenenamiento de las aguas de la villa, y luego para mejor justificar su calumnia, enseñó á los asesinos una redoma que dijo haber hallado y que contenia el veneno. Visto lo cual por un espectador, que era el dueño del frasco de que acababa de apoderarse el General, se lo reclamó diciendo que se obligaba á beberse el líquido del frasco en cuestion para demostrar que no contenia ningun mortal brebaje. Sonrojado entonces el Capitán general, permaneció impasible permitiendo interior y exteriormente la obra de devastacion empezada, y que se terminó en su presencia por el robo y el asesinato que alentaba con su aprobacion. Profanáronse las cosas santas, despojáronse los altares y cometiéronse toda clase de desórdenes para acostumar al populacho á aquellos excesos que tanto repugnan al noble carácter español; solo á las siete de la noche acudió la fuerza armada para re-

gularizar el desórden y guardar las ruinas amontonadas junto á los cadáveres.

La carnicería no cesó en el convento ó casa de los Jesuitas sino para empezar inmediatamente en el de los Dominicos y Padres Mercedarios. Habia adoptado la Revolucion el partido de abolir las Ordenes religiosas, y procuraba asesinar á los hombres para matar la idea: hacíase violenta y calumniadora para mejor inaugurar sus proyectos de despojo y de ateismo legal. El convento de los Franciscanos vióse tambien sometido como el seminario y colegio de los Jesuitas al mismo régimen del sable; la propia suerte estaba reservada á todos los demás Institutos. Los Dominicos y los Padres de la Merced fueron tambien víctimas de las mismas calumnias, pereciendo como los Franciscanos bajo el fuego, el agua, la espada y el puñal de sus asesinos: hubo algunos de ellos que fueron arrojados desde lo alto de los conventos, y otros muchos que fueron estrangulados. Todos los barrios presenciaron mas ó menos las horrosas escenas de asesinato y de pillaje; viéndose la capital de la católica España convertida en teatro de uno de esos dramas que sabe preparar la demagogia para imponer á sus adversarios, y cubrir el pueblo todo con su sangrienta solidaridad. Á la mañana del 18 de julio habia aumentado la consternacion á causa del cólera en la coronada villa: retrocedió el Gobierno ante el motin, Cristina habia tambien huido, y el ejército se habia hecho cómplice de aquellos atentados, ó á lo menos habia asistido impasible á ellos como si fuese una parada ó cualquier otra operacion militar. Aquel terrible golpe dirigido contra la Religion y la Autoridad debia encontrar eco en casi todos los puntos de la Monarquía. Sepultáronse en 19 de julio las setenta y tres víctimas<sup>1</sup>, apareciendo aquel mismo dia un decreto para anunciar que últimamente se habian adoptado algunas medidas inútiles para sofocar el motin. En su virtud fueron destituidos los magistrados culpables y el general San Martín, y reducidos á prision los mas culpables de entre los descamisados. Revelaba aquella tardía justicia la impotencia y la participacion á un mismo tiempo de aquel delito, hasta en el modo de reprimirlo. Empezaron los asesinos su obra revolucionaria, y luego impusieron á los poderes constitucionales el deber de terminarla.

<sup>1</sup> Perecieron durante aquella triste jornada catorce jesuitas, siete dominicos, cuarenta y cuatro franciscanos y ocho Padres de la Merced. Solo se contaron once heridos, algunos de los cuales murieron á los pocos dias.

La Sociedad de Jesús fue el 17 de julio de 1835 suprimida legislativamente en España, sin apoyarse para ello en ningún pretexto religioso ni dar ninguna causa política que explicara semejante medida. Poseían los Jesuitas algunas tierras y diferentes casas<sup>1</sup>: hé aquí su mayor crimen ante la ley que debían aplicar algunos codiciosos gobernantes. Los Padres del Instituto obedecieron sin la menor resistencia aquel nuevo decreto de proscripción que iba muy pronto á extenderse á todos los diferentes grados de la jerarquía eclesiástica: no se juzgó ni se condenó al Clero, solo se procuró despojarle de cuanto poseía para despues legarle al destierro. Quedaron los Jesuitas españoles sin asilo ni apoyo de ninguna clase, por lo que la mayor parte se retiraron á los demás países donde subsistía aun la Compañía, al paso que hubo muchos que no quisieron abandonar á su patria. Una sola casa de la Orden subsistía aun en el Reino, tal era el santuario de Loyola, del cual habia arrojado ya el general Rodil á los Jesuitas. Cuando el ejército carlista mandado por Zumalacarregui tomó la ofensiva, no creyeron los Padres estar obligados á dar cumplimiento á los edictos de proscripción: se reunieron, pues, y sin tomar ninguna parte en la guerra civil de que era el Bastan sangriento teatro, se dedicaron á la enseñanza y á la predicación. Fundaron luego el noviciado en Guipúzcoa, en el que recogieron á los jesuitas dispersos por la tormenta revolucionaria; permaneciendo en territorio ocupado por el ejército carlista, no porque ellos le hubiesen elegido, sino por haberse visto obligados á refugiarse en él á causa de los acontecimientos. Tomóse entonces por pretexto hasta la misma situación de su antiguo colegio de Loyola para acusar á los Jesuitas de carlismo; y se anunció ya que el Padre Gil disfrutaba de un gran favor cerca del Príncipe, y que dirigian los Jesuitas todos los movimientos de su ejército.

Como en todas las guerras intestinas, abstuvo la Compañía de

<sup>1</sup> Cuando en virtud de los decretos de 16 de junio de 1828 sufrieron los Jesuitas el ostracismo, accedieron á las instancias de un gran número de familias católicas fundando inmediatamente un colegio en un pueblecito llamado el *Pasaje* distante una legua de San Sebastian en la embocadura misma del Bidasoa. Colocados de aquel modo entre Francia y España correspondían á los votos de ambas naciones; lo cual visto por el Rey de España, el conde de Fournas, y el Obispo de Pamplona, se mostraron favorables al nuevo establecimiento. Despues de la muerte de Fernando VII fue aquel objeto de la mas atroz persecucion por parte de Mina, hasta que por último fue cerrado por orden de Rodil en 14 de julio de 1834.

tomar ninguna parte en las luchas de los partidos: presentábanse algunas veces en los opuestos campos, pero siempre era para llenar en ellos los deberes de su ministerio, esto es, para consolar á los enfermos, cuidar los heridos y enseñarles á vivir y á morir cristianamente, sin que nunca pudiera señalarse en punto alguno su acción política. El ejército constitucional proscribía ó degollaba á los Jesuitas, al paso que el de D. Carlos les ofrecía amparo y protección; hé aquí por qué permanecieron donde era considerada su presencia como un beneficio. El P. Unanue fue confesor del Príncipe, y sus hijos los Infantes continuaron como en tiempo de Fernando VII siendo educados por los Jesuitas<sup>1</sup>. Siempre sometidos á la autoridad, obedecieron los discípulos de san Ignacio en el cuartel general carlista del mismo modo que obedecían antes al Gobierno de Madrid; por lo que creyeron poderse preservar con su prudencia de nuevas calamidades. Despues del convenio de Vergara, se permitió á los Jesuitas abrir de nuevo su colegio; pero como Espartero queria á toda costa deshacerse de la Reina regente y de los últimos hijos de san Ignacio, no tardó en suprimirse el establecimiento de Loyola, dejando de existir la Sociedad de Jesús en la patria de su Fundador, de san Francisco Javier, de san Francisco de Borja y de Laynez.

Del mismo modo que España, hallábase el Portugal arruinado por las guerras de Napoleon, y entregado á las discordias civiles; estallando la desunion entre la familia de Braganza casi al mismo tiempo en que empezaba á hacerse sentir en la de Borbon. Sus Príncipes, que no supieron gobernar sus reinos ni resistir á la opresión extranjera, vinieron, despues de haber patentizado su inercia á la faz de Europa, á disputarse con encarnizamiento los despojos del trono, y á poner la usurpación donde debia estar el derecho. Aquel triste ejemplo de discordia fratricida entre las familias reales acabó de alentar á las revoluciones, que supieron aprovecharse de ellas haciendo odiosos á los príncipes que no imploraban su apoyo, y degradando á los que lo reclamaban. La guerra de D. Carlos contra Cristina, y las luchas entre D. Pedro y D. Miguel produjeron tristes resultados para las monarquías; tambien la Sociedad de Jesús experimentó en Portugal su funesto efecto. No ignoraba D. Miguel la popularidad que aun despues de setenta años de destierro gozaban los Jesuitas en las riberas del Tajo. Como veía aquel Prín-

<sup>1</sup> El P. Mariano Puyal fue el que desde 1824 se encargó de la educación del hijo primogénito de D. Carlos.

cipe su trono vacilante, pensó que restituyendo á sus súbditos los apóstoles que Pombal les arrancara, haria un acto tan agradable como útil á su patria. Todos los Padres portugueses habian sucumbido ya durante su largo destierro; por lo que se vió el Príncipe obligado á pedir á Godinot, provincial de Francia, que enviara á Lisboa algunos misioneros de la Compañía. Vacante á la sazón el generalato por la muerte de Fortis, acudióse al Vicario general para que accediera á los deseos del Príncipe, y, obtenida su autorizacion, envió Godinot seis jesuitas y dos hermanos coadjutores bajo la direccion del P. Delvaux. Restablecer á los hijos de san Ignacio en aquella tierra en que el recuerdo de sus servicios y de sus sufrimientos estaba profundamente grabado en todos los corazones, no podia menos de ser una idea fecunda en resultados; pero era preciso aceptarla con valor y no retroceder ante ninguna de sus consecuencias legales. El decreto de 10 de julio de 1829 que Delvaux recibió en Madrid, no podia satisfacer á los amigos de la Compañía, al paso que debia exasperar mas y mas á sus adversarios, por haber adoptado D. Miguel un término medio: sin pronunciarse sobre lo pasado presentaba á los Jesuitas como nuevos auxiliares del clero secular. «Considerando, decia el Príncipe en aquel documento oficial, «el grave perjuicio que sufre la educacion cristiana y la civilizacion «en estos reinos por la falta de ministros evangélicos, y queriendo «prevenir los males de toda especie que haria su duracion irremediables, teniendo siempre en consideracion el bien de la cristianidad y la dicha de mis fieles súbditos, me resuelvo á llamar á la «Compañía de Jesús y permitir que se establezca de nuevo en mis «Estados.» Ese laconismo que revelaba tantos temores, ocultaba la justicia de una rehabilitacion que no debia tranquilizar mucho á los Jesuitas sobre el porvenir, si bien no les intimidaba en lo mas mínimo. Comprendieron los Padres que D. Miguel y el duque de Cadaval, su ministro, se hallaban en una posicion falsísima, cuyos peligros no creyeron los discípulos del Instituto deber agravar. Abriánselas las puertas de aquel país tan grato á san Francisco Javier y á los fundadores de la Compañía, por lo que solo trataron de penetrar en él sin discutir el protocolo de admision. Llegaron á Lisboa el 13 de agosto de 1829, sin que se hubiese dictado por el Gobierno la menor disposicion para recibirles; de modo que esos Jesuitas tan opulentos siempre, segun sus adversarios, acudian á Portugal á instancias del Gobierno, para hallarse expuestos á su llegada á perecer de

miseria en los caminos públicos. Los Lazaristas atendieron á sus primeras necesidades y les ofrecieron un asilo, que aceptaron, hasta que mas tarde la duquesa de La-Foens puso á disposicion de los hijos de san Ignacio su hermosa quinta llamada la Maravilla: solo en 24 de octubre procuró el Ministerio de D. Miguel atender á la subsistencia de los Jesuitas.

Dueño aquel Príncipe de Portugal, reinaba por el terror, conforme aseguraban los liberales, sin atreverse á hacer su voluntad ni á manifestar siquiera un deseo: hombre honrado, pero irresoluto y siempre dominado por el temor de desagradar á sus enemigos, no habia juzgado prudente poner todavía á los Jesuitas en disposicion de emprender su obra regeneradora; por el contrario procuraba reprimir su ardiente celo á fin de no dar nuevas armas á las hostilidades del exterior. Todas aquellas precauciones eran tan solo un inútil paliativo, como así lo comprendió el cardenal Alejandro Justiniani, pronuncio de la Santa Sede, en el mes de marzo de 1830. Estaba en Lisboa la iglesia de Loreto destinada para los extranjeros, la cual era exenta de la jurisdiccion del Patriarca, quedando en virtud de un privilegio especial sometida á la autoridad de los Nuncios apostólicos. Justiniani decidió á los Jesuitas á predicar en ella la Cuaresma y á empezar los ejercicios del retiro; siendo los Padres Barelle, Mallet, Bukacinski y Pouty los primeros que se entregaron con ardor á la predicacion y al confesonario. Como en todas partes, fueron los Jesuitas ejemplo de abnegacion, y como en todas fue oida su voz con entusiasmo por los habitantes de Lisboa que solícitos se agrupaban al rededor de los púlpitos. La reaccion intentada por el marqués de Pombal, las doctrinas disolventes que difundió para romper el corazon de los pueblos, no habian dejado ya la menor huella en aquella nueva generacion que con tanto entusiasmo se reunia en el templo del Señor para oír su palabra. En vano habia intentado Pombal debilitar el poder moral de la nobleza despojándola de su fe y de su prestigio, puesto que el pueblo habia permanecido fiel á los sentimientos religiosos, saludaba á los Jesuitas como maestros de las generaciones pasadas, acudia en tropel á su paso, se prestaba dócilmente á sus lecciones, y para protestar contra los desastres del siglo XVIII, rodeaba de todos los homenajes y cuidados á los Padres de la Compañía. Fue tan notable y general aquel cambio en la opinion pública, que hasta la condesa de Oliveira, nieta de Pombal, quiso tambien asociarse á él, á cuyo fin se trasladó cerca del